

Sonido e imaginario mítico

Representaciones y ritos de fecundación

Benjamín Muratalla

Subdirector de la Fonoteca del INAH



El sonido deviene siempre en huella mental; es decir, en imagen y como tal forma parte de un proceso cognitivo. Todo lo que perciben nuestros sentidos lo recreamos en imágenes, somos seres *imaginantes*, entendido esto más allá de lo estrictamente gráfico o visual. interpretamos, construimos y reproducimos el mundo con imágenes.¹ Este imaginario de factura colectiva que puebla el espíritu humano lo procesamos y externamos a través de distintos medios, sustancias o soportes en el acto comunicativo.²

Habría que conceder que el concepto imagen mantiene relación con el término “idea”, que en griego significa *yo lo ví*, lo cual alude también a la mirada o visualización -no precisamente ocular-, sino a una representación mental. Esta categoría ha inquietado a filósofos, lingüistas, psicólogos, psicoanalistas y etnólogos de todos los tiempos. Pero sea cual fuere esta entidad inmaterial, lo medular es que se hace visible a través de diversos soportes que la vehiculizan, como la palabra, la



© 305356 *Escultura monolítica de Xipe-Totec*, Teayo, Veracruz, México, ca. 1935,
Colección Mediateca. SECRETARÍA DE CULTURA.INAH.SINAFO.FN.MX.

música, el canto, los aromas, los sabores, el dibujo, la pictografía y el movimiento corporal; es decir, en mayor o menor medida a través de todos los lenguajes habidos y por haber.

En cuanto al vínculo entre imagen y sonido, concretamente a su significado simbólico, que asociamos a la idea de la fecundidad o la creación de la vida, es importante reconocer que es recurrente en los mitos cosmogónicos de las culturas amerindias desde tiempos inmemoriales. Son los númenes del trueno, del viento, caracoles, abejorros, abejas, cuyos estruendos o sutiles armonías irrumpen en la densidad oscura del inframundo, metáforas del vientre materno, de la tierra fértil, para romper las tinieblas y propiciar la plenitud de la existencia.³

Los antiguos mexicanos resolvían el registro de algunos sonidos, en el sentido del “hablar” de las cosas, las plantas, los dioses y los seres, la naturaleza toda, mediante el sistema escrito de volutas y vírgulas, cuya complejidad de formas y estilos lograba representar texturas sonoras, intencionalidades, niveles, ritmos, tesituras, tonos y armonías, elementos enlazados ineludiblemente a las imágenes de las fuentes generadoras contextuales y a sus equivalentes forjadas en la sique.⁴

Una peculiar forma de recrear el sonido-imagen de la dimensión deificada fue el uso de la resonancia o eco, como resultado del efecto físico de instrumentos o gestos corporales sobre grandes paredones u oquedades naturales,⁵ o sobre ciertas partes de majestuosas obras arquitectónicas.⁶ Por ejemplo, es muy conocida la imagen mental, asociada al aleteo y canto del quetzal, ave sagrada de los mayas, que se produce por el aplauso multitudinario ejecutado frente a la pirámide de Chichén Itzá,⁷ efecto que sin lugar a dudas corresponde a la antigua ritualidad maya.

Los instrumentos, ya sea sonoros o musicales, contenían la memoria de un lenguaje cosmogónico y milenario cuya concertación en forma de música o ensamble era la viva representación de un diálogo con los dioses y los ancestros astrales, vegetales y animales.⁸ Así, el tañido de tambores o los vientos de flautas, ocarinas y gamitaderas, las resonancias de los litófonos o las místicas vibraciones extraídas de gemas agujeradas, resinas petrificadas y fibras vegetales, coligaban sonidos e imágenes de las gestas primordiales que dieron origen a la vida.⁹



© 398434 Nacho López, *Mujeres coras-huicholes*, San Andrés Cohamiata, Nayarit, México, ca. 1970, Colección Nacho López. SECRETARÍA DE CULTURA.INAH.SINAFO.FN.MX.

Germinación y renacimiento

Cuenta la leyenda que *Kokopelli*, perteneciente al linaje divino del pueblo *Hopituh Shi-nu-mu*, mejor conocido como *hopi*,¹⁰ cuando visita el mundo preña a las mujeres con el dulce sonido de su flauta. Algo similar sucede con los *najerijtee* o coras, del noroccidente de México, pues ellos confían en que las abundantes chicharras que invaden la tierra con estremecedor zumbido durante el equinoccio de primavera propicien el renacimiento de la vida en todo su esplendor.

Kokopelli y las chicharras machos comparten puntos en común, el primero es un joven jorobado en cuya protuberancia lleva un cargamento de semillas que va esparciendo por doquier con las melodías de su instrumento, mientras que las segundas llevan adherido en todo su cuerpo el polen amarillento que recogen al posarse sobre las flores cuando *cantan*, mismo que lo distribuyen entre todas ellas que aguardan deseosas ese acto solidario.



© 398466 Nacho López, *Músicos coras*, San Andrés Cohamiata, Nayarit, México, ca. 1970, Colección Nacho López. SECRETARÍA DE CULTURA. INAH.SINAFO.FN.MX.

La figura mítica de Kokoppelli y la chicharra tiene su referente directo con la antigua mitología del Altiplano, de manera particular con Xipe Totec y Xochipilli. El primero, deidad de vida, muerte y resurrección, de la vegetación, del cultivo de la tierra, el que se ostenta como la parte masculina del universo, la región de la juventud, de la aurora, del maíz tierno o jilote, es el desecho de lo que ya no sirve y la regeneración de la vida, así como de la limpieza espiritual en las personas, es también la transformación del suelo seco en suelo fértil. A Xipe Totec, los antiguos mexicanos lo festejaban en la veintena *tlacaxipehualiztli*, equivalente al periodo que va de mediados de marzo a principios de abril, temporada seca, cuando esta deidad usaba el chicahuaztli, sonaja de bastón, para producir los relámpagos que propician las lluvias, necesarias para la germinación y el crecimiento del alimento sagrado, el maíz; en el caso de Xochipilli, el Príncipe de las flores, era el dios del amor, del placer, de la ebriedad sagrada y la fertilidad, entre otras atribuciones, su gran celebración ocurría en la veintena *huey tecuilhuítl*, entre mediados de julio y principios de agosto, ya entrado el periodo de lluvias.

Cuando las mujeres *hopi*, del suroeste de los Estados Unidos, escuchan la flauta de *Kokopelli* intuyen lo que puede suceder, lo mismo las coras al percibir a las chicharras y a los émulos de éstas, los Judíos, estrellas-demonios de la fertilidad y sus flautas fálicas durante la Se-



© 398589 Nacho López, *Coras*, San Andrés Cohamiata, Nayarit, México, ca. 1970, Colección Nacho López. SECRETARÍA DE CULTURA.INAH.SINAFO.FN.MX.

mana Santa, periodo en que curiosamente se suscitan más embarazos en las comunidades de este pueblo nayarita. Acontecimientos en tanto componentes de sistemas míticos similares y distantes territorialmente entre sí, que conectan con una misma imagen significativa y mítica, reguladora de la vida social, misma que da cuenta de una muy amplia estructura cosmogónica que comprende a la gran región.

Este hecho de cultura refrenda, por una parte, lo que varios estudiosos han planteado a partir de la premisa de Ferdinand de Saussure sobre los componentes del signo lingüístico, principio que, aunque muy conocido, siempre hay que tenerlo en cuenta para este tipo de consideraciones. Recordemos que el padre de la lingüística argumenta que el signo lingüístico no consiste en la unión de un objeto con un nombre, sino que es la relación entre un juicio mental y una imagen acústica, pero que a ésta no se le debe suponer como el sonido fí-

sico en sí, sino como su impronta en la sique, en tanto vestigio de lo que se percibe a través de los sentidos; por ello, la imagen acústica es meramente sensorial. Aunado a esto, atendiendo las premisas de los estructuralistas como Lévi-Strauss, hay acontecimientos que dan cuenta de estructuras cosmogónicas compartidas por una gran diversidad de pueblos tanto próximos como lejanos, así en el espacio como en el tiempo, lo cual explica que existan expresiones sistémicas de distintos pueblos que forman parte de esas estructuras generalizadas; es decir, transformaciones o variaciones de un mismo mito o mito de referencia, y que tales estructuras son propias del espíritu humano, es decir, que se encuentran en el pensamiento de la sociedad.

Es ineludible recordar que en aquel mundo, a diferencia de la modernidad occidental, no había escisiones determinantes entre lo natural y lo humano, ambas partes estaban compenetradas, lo cual obedecía a la magia atribuida a las fuerzas opuestas y complementarias que comprendían su propio universo. Es entonces que no había fronteras precisas entre lo humano y lo divino, el tránsito entre uno y otro era natural, la vida estaba regida por lo mítico, lo sagrado, lo divino. Hoy en día, descendientes de aquellas viejas civilizaciones conservan la herencia del mundo encantado en que los sonidos fungen ostensiblemente como detonadores de imágenes sobre fundamentos míticos y mágicos que conviven en un devenir tenso y en conflicto con la modernidad. Dicho desencuentro se manifiesta de distintas formas que denotan esos modos opuestos de mirar, sentir el mundo y regular la vida social.

Ritos y quehacer etnográfico

Los coras de la región serrana y la costa nayarita, se muestran tajantemente renuentes a que se les tome fotografías durante las ceremonias dedicadas al ciclo del Cristo-Sol-Maíz-Virgen-Tierra-Agua, que simbolizan la unión copular del cosmos generadora de todo lo que existe.¹¹ Si acaso algún fueireño o antropólogo atraído por la espectacularidad o rareza de sus celebraciones es sorprendido con una cámara o cualquier dispositivo, se le incauta con enojo y en ocasiones, según la ortodoxia de las comunidades, se destruyen tales artefactos y a sus dueños se les arresta en fosos cavados expreso para quienes transgreden las normas de la celebración.



En sus momentos rituales no hay explicaciones, sólo negación e inusitada furia. Es tan intenso el éxtasis que logran en la reiterada densidad simbólica de sonidos, movimientos corporales, aromas e invariables ritmos, que tan sólo el clic de la cámara fotográfica o de la grabadora puede quebrantar el equilibrio del trance.

Sin lugar a dudas, la presencia del etnógrafo y sus artefactos para capturar imágenes y sonidos representa la transgresión de las normas rituales, es una invasión a la intimidad de lo sagrado, un atentado a su atávica memoria. Esta situación se esclarece fuera de la celebración cuando ellos, los coras, argumentan que con las fotografías y las grabaciones de sonido se enojan los *Texcuatillos*, los ancestros, y entonces puede haber sequias, inundaciones, malas cosechas, enfermedades, embarazos problemáticos y nacimientos defectuosos. Según la explicación de varios integrantes del barrio indígena de San Juan Diego, para los *Texcuatillos* las fotografías y las grabaciones son lo mismo, en ambas se escucha y se ve, es decir, que una imagen equivale a un sonido y un sonido a una imagen.

Hoy en día aún hay poblaciones remontadas en lo abrupto de la serranía nayarita en las que las celebraciones –en calidad de plegarias colectivas propiciatorias de fecundidad–, abundan el erotismo, la sensualidad y la lascivia, indicios de una fertilidad efervescente y controlada socialmente a partir del mito; tienen como único público a las deidades y es casi imposible que acepten siquiera la intrusión de un agente externo, sea antropólogo, turista o recopilador de sonidos e imágenes. No así en otras comunidades en donde estos actos rituales cuentan ya con un público espectador, a quien algunos de los celebrantes reclaman una cuota, exigiendo discreción para el sonido y la imagen de su profunda sacralidad que encierra el misterio de la vida. Sin embargo, la mayoría de los participantes coras en la ritualidad, mostrando una ira desconcertante, tratan de arrebatar cámaras y grabadoras para arrojarlas al suelo. Luego, al margen de su estado liminar, argumentan que el grabar sus cantos y sus músicas u obtener fotografías son actos que asocian con el robo de su alma.

Página anterior
© 305175 *Escultura del dios Xochipilli en el Museo Nacional de Antropología de la calle de Moneda*, Ciudad de México, México, ca. 1940, Colección Prehispánico. SECRETARÍA DE CULTURA.INAH. SINAFO.FN.MX.

- 1 Véase Hans Belting, *Antropología de la imagen*, Buenos Aires, Katz Editores, 2007. 13-49.
- 2 Véase Marshal McLuhan, *Comprender los medios de comunicación. Las extensiones del ser humano*, España, Paidós, 1996, 29-42, 77-82.
- 3 Patrick Johansson K., "Tamoanchan: una imagen verbal del origen" en *Estudios de cultura náhuatl*, vol.49 (jul./dic. 2015): 59-92.
- 4 Cruz Rivera, Sandra Amelia. "La imagen del sonido en códices prehispánicos del Centro de México: una propuesta metodológica." *Pasado abierto*, núm. 9, Argentina, Facultad de Humanidades, Universidad del Mar del Plata, (enero-junio 2019): 60-90.
- 5 A principios de los años sesenta del siglo XX la lingüista y etnomusicóloga alemana Elsa Ziehm (1911-1993), discípula del etnólogo berlinés Konrad Th. Preuss (1869-1938), acudió a San Pedro Jícora, Durango, área mexicana, para estudiar la "Fiesta de las Pachitas", entre otras cosas, sugiere que pudiera existir un aprovechamiento por parte de los cantores de las montañas que circundan la comunidad para lograr una cierta resonancia de sus voces. Lo que les hacía sentir el diálogo con los dioses y ancestros representados por las montañas.
- 6 Alejandro Ramos Amézquita, "Metodología de análisis acústico de sitios arqueológicos de Mesoamérica". Tesis doctoral, Universidad Politécnica de Madrid, 2015.
- 7 David Lubman, "Archaeological acoustic study of chipred echo from Mayan Pyramid at Chichen Itza", en *The Journal of the Acoustical Society of America* 104, 1763, (octubre 1998), consultada el 20 de febrero de 2021: <https://doi.org/10.1121/1.424061>
- 8 Los antropólogos franceses Lortat-Jacon y Roving en su introducción a "*Musique, anthropologie: la conjonction nécessaire*", aparecida en la revista *L'HOMME*, 171-172, 2004, que publica *L'Ecole des Hautes Études en Sciences Sociales* de Francia, nos recuerdan que la música es uno de los pocos lenguajes con el cual los humanos conectan con las deidades, Pp. 7-26.
- 9 Para ahondar en este tema son muy recomendables las investigaciones publicadas por Samuel Martí, *Instrumentos musicales precortesianos*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1955, así como Daniel Castañeda y Vicente T. Mendoza, *Instrumental precortesiano*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1933.
- 10 Los hopi, del grupo de los Indios Pueblos del suroeste de los EEUU, al igual que los coras o nayerijtee del noroccidente de México, pertenecen a la familia lingüística Yuto-azteca, por lo que comparten no sólo raíces lingüísticas, sino también elementos míticos estructurales.
- 11 Es en el equinoccio de primavera cuando la Madre tierra es fecundada por su hijo el maíz, semilla seca y luminosa, acto incestuoso por el cual son venerados y castigados simultáneamente, prescribiendo así las reglas del sistema social de la comunidad, el cual determina con quién procrear y con quién no.